

## FANTASTICA

o *Black Dragons* constituyen una auténtica delicia para los amantes del género, y una delicia exquisita y rara, ya que muy pocas veces son incluidas en la programación de filmotecas y ciclos televisivos.

El *Drácula* de Browning y de Bela Lugosi sigue con cierta fidelidad la novela de Stoker, pero a través de la pieza teatral homónima de Hamilton Deane y John L. Balderston, lo que explica el marcado carácter escénico de la película. Lugosi ya había triunfado como *Drácula* en el teatro. Ahora le tocaba al cine su turno. Si el vampiro de Murnau era la repulsiva y animalés criatura que describiera Stoker, el de Tod Browning es un personaje aristocrático, sugestivo y cortés, que se mueve en la noche elegante de Londres como pez en el agua. Los seres humanos, y especialmente las chicas guapas, son para el Vampiro imprescindible fuente alimentaria, pues de ellos extrae la sangre, el fluido vital que necesita para subsistir. De cualquier forma, el conde *Drácula* se les arregla para que esa necesidad no haga disminuir, sino todo lo contrario, el poder de su *sex-appeal*, que es considerable.

El éxito del *film* fue gigantesco, casi apocalíptico. La gente identificó en seguida a *Drácula* con Bela Lugosi, negándose a partir de entonces a imaginar otro Vampiro que no tuviese las facciones del actor húngaro. Sólo otro actor, en este caso británico, gozaría de un fervor popular parangonable al que suscitara Lugosi: me refiero a Christopher Lee, espléndido también como *Drácula* en varias películas de Hammer Films, entre ellas *Drácula* (1958) y *Drácula, Prince of Darkness* (1965), dirigidas ambas por Terence Fisher.

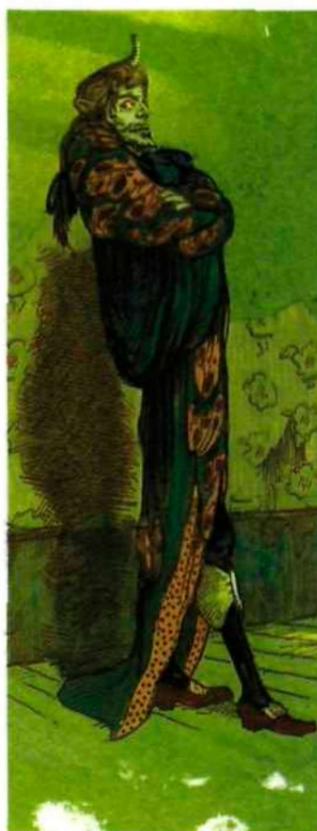
Luis Alberto de Cuenca es investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, filólogo y poeta.

NUEVA REVISTA - MAYO 1990

## LOS "ARDIENTES" DE NIEVA

Por Luis Núñez Ladevéze

### TEATRO



Se celebró el Día Mundial del Teatro con un saludo a los profesionales y aficionados a las artes de Talía y Melpómene del actor ruso Kirill Lavrov. En todos los escenarios madrileños otro actor, en nombre de Lavrov, leyó su texto, breve y conciso, del que puede destacarse una idea principal de congratulación por el proceso histórico que, según el mensaje, indica que «las esperanzas de la Humanidad comienzan a cumplirse. Al iniciar la década final de este siglo, la Humanidad efectúa un nuevo y espectacular avance hacia la libertad y la democracia con la ilusión de que los valores superiores del individuo queden, cada vez, más y mejor reconocidos. Dictaduras atroces, tanto en América como en Europa, se hundieron sin ninguna posibilidad de futuro». Que ésta y otras frases hayan sido redactadas por un actor ruso, en el corazón del imperio soviético, dan a esta conmemoración una significación más auténtica y fidedigna. No hace mucho que las vanguardias del teatro europeo estimaban que la función del teatro debería orientarse a la crítica de los excesos de los llamados regímenes burgueses, mas el 29 de marzo todos los aficionados del mundo estimaban unánimemente que evolucionar hacia el sistema de democracia formal equivale a avanzar «en libertad».

Para mejor empaparme del ambiente conmemorativo del Día Mundial del Teatro, me presenté en el Albéniz madrileño, uno de los escasos escenarios tradicionales devuelto de la cinematografía a la representación teatral, donde se representaba «un trabajo» de Francisco Nieva titulado *El baile de los ardientes*, cuyo texto conocen bien

los aficionados por incluirse en la edición de la *Trilogía italiana*, a la que esta obra pertenece, de «Cátedra». Nada más teatral que la labor, el estilo y el oficio de Francisco Nieva y nada más adecuado para conmemorar el teatro mismo.

*El baile de los ardientes* es una divertida farsa tragicómica, de tono festivo y desenfadado, entrecerado de humor negro y des-

moralizador cinismo, administrado con tacto ligero. El lenguaje de Nieva es sobrio y directo. Sus recursos expresivos e imaginativos son los propios de un comediógrafo que ha aprendido el teatro experimentándolo desde dentro y su condición de autor se ha fraguado más en la proximidad a las candilejas que a los textos literarios. Nieva, que es el creador y director de la compañía que lleva su propio nombre y que está especializada en la puesta en escena de su propia obra teatral, es también corresponsable de una banda sonora, muy eficaz y graciosa.

Habilidoso ejercicio teatral cuyo mayor valor reside en la creación de un ambiente y una peripecia que permite al teatro brillar por sí mismo sin necesidad de que se le atribuyan misiones instrumentales. Es una obra ligera y menor, un «trabajo», o sea, un experimento sobre pautas ya conocidas, en el que se aprecian tonos festivos y esperpénticos, pero efectismo se encauza a sorprender al espectador y mantener el interés por una trama, en sí misma, grotesca y evanescente.

La profesionalidad del conjunto sobresalió por encima de algunos academicismos. El decorado elemental y desaliñado pero suficiente. El deseo de agradar, de cumplir con el oficio, de vivir el teatro como modo de compenetración con la tarea que se realiza, contribuyen a que el espectador pase un rato agradable y lamente que el mismo Día Mundial del Teatro, se convierta en una prueba más de que el teatro, en Madrid al menos, se reduzca a una afición residual, que únicamente suscite el interés de quienes ya están previamente convencidos. Un aforo diezmando descompensó el estímulo de unos aplausos reiterados y merecidos a una compañía que trabajó sobre el escenario con la ilusión de hacer teatro el mismo día en que el teatro era objeto de una singular y verbalista conmemoración.

Luis Núñez es catedrático de la Universidad Complutense y periodista.